

oculta sus aceradas saetas Le Sage bajo un disfraz alegre y abigarrado, pero dan todas en el blanco á donde van dirigidas.

Con razon se ha dicho de Le Sage que es otro La Bruyère puesto en escena. En sus novelas satíricas sigue el estilo picaresco español, tanto en la distribucion general, como en la eleccion de los sitios donde se desarrollan los sucesos; pero el espíritu que domina en sus obras y el modo acerado y sutil con que escarnece la corrupcion que lo invade todo bajo el gobierno de un déspota viejo, le eleva mucho mas alto que sus competidores españoles. Con exactitud inflexible retrata los cortesanos egoistas, intrigantes, desprovistos de todo talento; los prelados hipócritas y ambiciosos; los jueces venales, prevaricadores y serviles; los médicos charlatanes; los autores esclavos de los caprichos del público y de la corriente de la moda; los criados pícaros y ladinos; los esta-



Alan Renato Le Sage
copia del grabado de J. B. Guelard sacado del cuadro original hecho por el mismo

fadores atrevidos; las mujeres sin virtud, buscando solo placeres y oro; la falta y ausencia completa de elevacion de carácter y de ideales dignos en todas las clases, tales como habia acabado por formarlas el régimen del gran rey Luis XIV, y finalmente, toda ostentacion exterior con la vaciedad completa interior. El espíritu que anima todas las obras de Le Sage, y en especial su *Gil Blas*, es el espíritu de la clase media sana, robusta y franca que se subleva contra las clases dominadoras, egoistas, desmoralizadas, rastreras y serviles con sus casacas de librea galoneada; es la oposicion que dominó en el siglo siguiente, el XVIII. Este espíritu no es solo el alma de las obras de Le Sage, sino que se manifiesta con igual pujanza en la forma del estilo tan ligero, fácil, gracioso sin afectacion, tan natural y, sin embargo, tan magistral y acertado, el extremo opuesto del llamado clasicismo con su aristocrática tiesura y aire pretencioso. Le Sage fué en esto el maestro del siglo de los Voltaire y Diderot; su *Gil Blas* es el precursor de Figaro, sátira chistosa y sangrienta de la aristocracia cortesana y burocrática.

Hemos tenido ya ocasion de indicar la relacion íntima que

existia entre la oposicion religiosa y la política y social. En vano Bossuet trató de justificar posteriormente su celo en la persecucion de los hugonotes, con los ataques que con espíritu de mofa dirigió contra la religion reformada en su *Historia de las Variaciones de la Iglesia protestante*; fué en vano y tarde, porque entonces habia ya La Bruyère recomendado en sus *Caractères* al rey la paciencia y la tolerancia en lugar de la crueldad é intolerancia contra los que opinaban de distinta manera. El atrevido escepticismo de Bayle habia ganado muchos prosélitos en las clases superiores de la sociedad, llamadas á defender las instituciones del trono y del altar; porque la verdadera religiosidad no se conciliaba de ninguna manera con la servil renuncia á la independencia de carácter que el despotismo monárquico exigía á sus servidores y favoritos. Así vemos á Saint-Evremond, noble de Normandía, atacar con empeño directamente y valiéndose de la burla, los dogmas y usos de la Iglesia; y como éste habia muchos, entre ellos aquel conde de Grammont que mandó escribir en su epitafio que habia dejado á cargo de su esposa el cuidado de confesarse, de oír los sermones y de rezar por él. El alto clero francés, que todo se componia de hechuras y protegidos del rey, justificaba con su conducta todas las sátiras que en prosa y verso corrían entre el público. Ninguno de estos altos personajes del clero era mas inmoral y perverso que el arzobispo Harley de Paris, el perseguidor celosísimo de jansenistas, protestantes y quietistas á la menor señal que el rey se dignara darle; las muchas queridas que tenia eran sus agentes para la venta descarada de todos los beneficios y dignidades eclesiásticas que de él dependian. La prelación habia llegado á ser una sinecura que se ganaba haciendo vilmente la corte al monarca, y que una vez lograda, se gozaba pasando en la misma corte una vida voluptuosa y dilapidadora. Entonces figuraban ya en las comedias, con gran contentamiento y risotadas del público, aquellos caracteres de «abates», que en el siglo XVIII fueron el tipo favorito del público francés.

A los veinticinco años de su elevacion se bamboleaba ya sobre sus cimientos todo el gigantesco edificio del «gran rey del siglo», y esto solo á consecuencia de achaques y defectos interiores. Ni su ambicioso ideal de la supremacia universal francesa, ni siquiera su ideal mas reducido de su dominacion absoluta en el interior de su país, pudieron sostenerse á la larga.

CAPITULO V

LA EUROPA DESPUES DE LA PAZ DE RYSWYK

Cuando hubieron callado las bocas de fuego y hubo cesado el fragor de la lucha gigantesca; cuando se vió ya libre la Europa del peligro inmediato del dominio y supremacia de la Francia, los demás países que habian luchado en la gran coalicion uno al lado del otro, se encontraron en el caso de poner en orden cada uno sus propios asuntos interiores, hartos confusos y desordenados.

La cabeza de la coalicion habia sido indudablemente la Inglaterra, que con la paz de Ryswyk acababa victoriosamente dos guerras, una interior y otra exterior. Por una parte la familia de los Estuardos, enemiga tradicional del sistema parlamentario y del protestantismo, quedó privada del auxilio poderoso de la Francia. Para el pueblo inglés fué grande esta victoria; Guillermo III habia subido al trono de Inglaterra como defensor de los fueros de la representacion nacional, y como tal, aunque con algunos amagos de resistencia, tuvo que reconocer la superioridad del parlamento sobre la corona, no solo en los asuntos interiores del país, sino hasta en la política exterior, donde solo conservó alguna

influencia por las circunstancias que concurrían en su persona, y aun así logró salir con sus planes solo valiéndose de rodeos. El trono inglés llevaba camino de reducirse á una mera abstraccion, á la simple personificacion de un sistema ó ideal de gobierno. Por otra parte habia salido tambien victoriosa de la lucha la forma del protestantismo especial, la Iglesia anglicana, que se habia desarrollado en Inglaterra. La poblacion católica no pasaba de un medio por ciento de la total, y las sectas protestantes disidentes se hallaban reducidas á un cuatro por ciento, porque muchos de sus adeptos habian vuelto á ingresar en la Iglesia del Estado despues de la gran revolucion puritana. A pesar de esto, no reinaban la concordia ni la paz en el país. En el campo de la política combatian tories y whigs, ó sea el partido conservador y legitimista y el liberal, amigo del progreso, que hasta habian originado una séria escision en la misma Iglesia oficial del Estado. En la Iglesia anglicana formaban un campo separado los sacerdotes y sus muchos partidarios que se resistían á jurar fidelidad á Guillermo III, á quien calificaban de usurpador. Estos sacerdotes se consideraban como la Iglesia legítima, y combatían con las simpatías del clero anglicano mas ortodoxo y petrificado. La parte restante del clero, tolerante y conciliadora, conservaba el contacto con el clero de las sectas disidentes y se esforzaba en desnudar el culto protestante de todas las formas y ceremonias católicas. Los primeros que formaban lo que llamaban la *alta iglesia* (*high church*) se identificaban con el partido tory; y los segundos que formaban la *iglesia inferior* (*low church*) eran del partido whig. Diferencias dogmáticas casi no existían entre ambos partidos; la cuestion principal giraba al rededor de meras formas, de personas y de opiniones políticas; pero cuanto mas fútiles eran las cuestiones que dividían á un clero del otro; cuanto menos motivo tenian para divorciarse y formar verdaderas iglesias distintas, tanto mas apasionada era la lucha en el palenque en el cual se movían ambos contrarios, que no estaban oficialmente separados.

El partido tory y de la alta iglesia buscaba sus adeptos principalmente en la clase de los propietarios rurales medianos y pequeños, que entonces todavia eran muchos en Inglaterra, cuyas rentas consistían en su mayoría en productos agrícolas y apenas manejaban dinero, que circulaba muy poco entre la poblacion rural. Estas familias, ligadas á su terruño, eran poco instruidas; habian sido poco molestadas por los grandes cambios políticos y sociales, y eran naturalmente tan enemigas de toda innovacion, como adictas á las tradiciones antiguas y á lo existente. Eran el verdadero partido conservador del país, que solo pedía paz y tranquilidad para no salir de su vida cómoda y rutinaria.

Sus contrarios, los whigs, no tenían entonces el carácter que hoy se atribuye á este partido; no tenían nada de liberales en el sentido que hoy se da en política á esta palabra. A su cabeza estaba la alta nobleza, que no abrigaba ningun propósito de favorecer los intereses populares; todos sus esfuerzos se dirigían á disminuir el poder y la influencia de la corona, y aumentar en proporcion su intervencion en el gobierno del país. Esta nobleza no contenta con formar la cámara alta, procuraba tambien dar asiento en la baja ó de los diputados á sus hijos segundos y á sus parientes, aprovechando todos los medios que su posicion social le facilitaba en las elecciones. A estos whigs aristocráticos se habian unido los grandes capitalistas y la gente enriquecida en esa clase de negocios que solo prosperan en épocas de confusion y de innovaciones, al revés de los propietarios conservadores rurales. Formaban ya en partidos opuestos la propiedad territorial y el capital; la paz y la guerra, porque los whigs solo podían lograr sus fines mientras durase la guerra con

el aliado de Jacobo II, la Francia, que daba ocasion á la alta aristocracia para asegurar y ensanchar su posicion, y á los capitalistas para hacer grandes contratas y lucrativos empréstitos. Verdad es que los whigs escribieron en su bandera un espléndido programa liberal; pero esta fué solo mera apariencia, pues que todo el siglo XVIII, durante el cual casi siempre este partido se encontró á la cabeza de los negocios públicos, no es mas que un período estacionario y completamente estéril en la historia del desarrollo constitucional de Inglaterra. La única tendencia liberal que mostró el partido whig fué cierto grado de tolerancia religiosa y política, tolerancia exigida por su posicion revolucionaria y por sus muchos partidarios entre la poblacion liberal de las ciudades.

La inmensa mayoría del pueblo inglés era de opiniones conservadoras, sin que por esto pensara en perder las «gloriosas conquistas» de la revolucion. A esta circunstancia debieron los whigs el continuar en el gobierno durante la guerra y mientras duraban las intrigas y conspiraciones de los jacobitas, algunos de los cuales urdieron en 1696 una verdadera conspiracion contra la vida del rey Guillermo que si no fué directamente aprobada por Jacobo II y Luis XIV, tampoco fué desaprobada por ellos cuando se les comunicó el plan. A última hora descubrió toda la trama un católico irlandés, agradecido á la benevolencia con que Guillermo habia tratado á sus paisanos y correligionarios. La noticia produjo en toda la nacion una agitacion general muy grande; el peligro inminente en que habia estado el hombre que representaba los principios nacionales abrió á todos los ojos sobre lo mucho que importaba su vida á todo el país. Formóse una alianza nacional, saliendo el primer impulso del mismo parlamento, para la proteccion de la vida del rey, y para vengar su muerte si á pesar de todo fuese víctima de la alevosía de sus enemigos. En esta alianza afligió la mayor parte del pueblo inglés.

La paz de Ryswyk vino á turbar esta buena inteligencia entre la nacion y el rey, porque al mismo tiempo que dispuso el temor de una victoria de los jacobitas, los demás resultados no correspondían en manera alguna á los sacrificios inmensos y duraderos que la guerra habia impuesto al pueblo inglés. Esto produjo en las elecciones una mayoría tory en la cámara de diputados. Por otra parte queria Guillermo conservar el ejército en pié de guerra para estar siempre preparado contra nuevos humos de supremacia del rey de Francia y para los acontecimientos que indispensablemente habian de nacer de la cuestion de sucesion al trono de España. A esto contestó la mayoría de la cámara baja, compuesta de tories y de algunos whigs exaltados, votando la reduccion del ejército á 7,000 hombres, con lo cual quedaba la Inglaterra en punto á fuerza militar al nivel de un pequeño principado alemán, y esto en una época en que Luis XIV tendía á eludir algunas de las condiciones mas trascendentales de la paz de Ryswyk.

La causa de tan gran reduccion era la aversion de la nacion inglesa á todo ejército permanente y el deseo de aliviar al pueblo de la carga tributaria. Lo peor era que debían licenciarse cabalmente con preferencia los muchísimos holandeses y emigrados franceses que figuraban en el ejército inglés y á los cuales estaba particularmente agradecido el rey. Tan incómoda se iba haciendo la posicion de Guillermo en vista de la creciente preponderancia de los tories aliados con los whigs mas avanzados, que llegó á meditar el plan de renunciar la corona y abandonar la Inglaterra á su suerte. No parecia sino que allí era absolutamente imposible toda avenencia y armonía entre el parlamento y el rey.

Desde la restauracion, es decir, desde 1660, la Escocia y la Irlanda habian recobrado sus parlamentos particulares

y las colonias sus legislaturas; pero todos, incluso el rey, estaban sometidos a la supremacía de Inglaterra y de su parlamento, el cual disponía de los recursos de todos, y no siempre ejercía su poder en bien de las otras provincias del imperio británico. Irlanda, exteriormente tranquila, estaba interiormente en fermentación completa. En Escocia se hallaban los montañeses organizados en poderosos clanes, y los episcopales aunque pocos partidarios de Jacobo II y todo el pueblo en general estaban muy excitados contra la celosa envidia de la Inglaterra y de su parlamento, que oponían constantes obstáculos a las empresas comerciales y a los planes coloniales de los escoceses y obligaban al rey a desaprobarlos.

Igual tiranía ejercía el parlamento inglés sobre las colonias americanas, entre las cuales era entonces la más importante Massachussets; dióse fuerza de ley a todas las resoluciones del parlamento en la América del Norte; se suprimieron por varias disposiciones la producción industrial y el comercio independiente de aquellos territorios y se les quitó también el antiguo derecho de elegir sus gobernadores, derecho que pasó a la corona, es decir, al ministro.

Echemos ahora una mirada a las circunstancias que daban a la Inglaterra esta supremacía sobre las demás partes del imperio británico.

Estríbaba en la gran prosperidad material a que llegó en la segunda mitad del siglo xvii. La Francia tenía entonces unos 18 millones de habitantes; las Provincias Unidas de Holanda solo 2.750.000, y los tres reinos unidos bajo el cetro de Guillermo 11 millones segun los cálculos que merecen mas confianza, tocando de estos 7 millones a la Inglaterra, es decir, dos terceras partes, a pesar de tener solo una superficie de 2,750 leguas cuadradas, mientras las de la Escocia e Irlanda llegaban a casi 3,000 leguas cuadradas; de suerte que en la primera tenía la población una densidad doble que en las otras dos. La causa de esta diferencia eran la grande industria y el activo comercio de Inglaterra y el consiguiente aumento de las poblaciones urbanas. Por ejemplo, Londres, que entonces tenía ya 700,000 habitantes, la décima parte de la población total, mientras Paris no pasaba de 500,000, Londres era el gran centro político, social y mercantil del país, y en su recinto se acumulaban las dos terceras partes del capital en oro y plata de toda la nación, que se calculaba, aunque sin datos fijos, en 600 millones de libras esterlinas. De esta suma 252 millones representaban el valor de las tierras cultivadas y productivas; de suerte que el capital que correspondía a la industria y al comercio excedía a la riqueza rural en casi 100 millones de libras esterlinas. La producción anual del pueblo inglés se estimaba en 43 a 44 millones de libras, y la del pueblo francés en 31 a 34 millones de libras esterlinas, de consiguiente doble de la primera; pero no obstante estaba la ventaja de parte del pueblo inglés, porque teniendo en cuenta el número de habitantes correspondían en Francia a cada individuo como 116 pesetas anuales, en Inglaterra 156 pesetas, y en Holanda que producía anualmente 18 millones de libras esterlinas, hasta 205 pesetas. Estos números permiten formarse una idea del poder y bienestar de estas tres grandes potencias occidentales en aquella época.

No iba en zaga a la industria la agricultura inglesa, que se distinguía ya entonces por su explotación racional, y daba, a pesar de la densidad de la población, un sobrante anual para la exportación de unas 800,000 cuarteras de trigo que valían al país millon y medio de libras esterlinas. No florecía menos la producción de la lana, porque se exportaba por valor de 75 millones de pesetas anuales de lana en bruto y labrada. La minería era también activa; el carbon de piedra

inglés se consumía en el país, en Bélgica y Holanda, estimándose la exportación total de productos de minería en 25 millones de pesetas al año, a lo cual se agregaban los beneficios que los comerciantes ingleses realizaban en llevar y vender a los otros países productos extranjeros también. En el año 1699 se calculaba la exportación total de Inglaterra en 6.800,000 libras esterlinas, suma que equivale hoy, teniendo en cuenta el valor relativo del dinero, a 700 millones de pesetas. La exportación excedía pues a la importación en 1.150,000 libras esterlinas. En el comercio inglés formaban un factor importante las grandes compañías que tenían privilegio exclusivo para comerciar con determinados países y regiones lejanas, como con las de Levante, los países del Báltico, el Africa oriental, etc. Entre todas sobresalía la de las Indias Orientales, tanto por su inmenso giro, como por su número de buques y capitales invertidos; y eso que entonces no tenía en aquellas lejanas regiones ninguna jurisdicción propia, fuera de algunas factorías con limitadísimo terreno. A fines del siglo xvii hablábase ya de Londres y con razón como del puerto y depósito mercantil principal de toda la Europa.

A la riqueza nacional de Inglaterra correspondían los gastos, que para aquella época eran pasmosos. Los parlamentos tories, tan archi realistas, a la coronación de Carlos II y Jacobo II habían asignado a estos dos monarcas sumas anuales fijas grandísimas mientras vivieran; a Jacobo II, por ejemplo, le señalaron mas de dos millones de libras, que valían entonces lo que hoy valen 250 millones de pesetas; de modo que en tiempo de paz podían vivir perfectamente independientes del parlamento, máxime cuando entonces este último no tenía el derecho de saber cómo el rey gastaba tan enorme suma. Esto acabó después de la «revolución gloriosa», porque desde entonces mantuvo el parlamento las riendas mas cortas en todos conceptos para tener mas sujeto al monarca, cuya asignación anual fija se redujo a 680,000 libras esterlinas. Las demás sumas las concedía cada año el parlamento segun las necesidades de la real casa.

Trece años reinó Guillermo en Inglaterra y en este período solo hubo cuatro años de paz. En su reinado gastó el país para el ejército y la armada en total 62 y medio millones de libras, que hoy día representarían cerca de 6,500 millones de pesetas, mientras la corte y la administración civil solo costaron en el mismo período 9 millones de libras que equivaldrían ahora a mil millones de pesetas. El gasto anual medio subía a 5 y medio millones de libras que equivalían entonces a 610 millones de pesetas de hoy; ciertamente gasto crecidísimo para una población de 7 millones de almas, que además pagaba grandes sumas para sus administraciones comunales y de orden público, sin contar las muchas prestaciones gratuitas que el pueblo estaba obligado a hacer al Estado. Para arbitrar tan grandes sumas se cargaban crecidísimos derechos sobre todos los géneros que se importaban en Inglaterra; había un derecho de consumo sobre muchos artículos casi de primera necesidad, como sobre el carbon, la sal, el café, el chocolate, las bebidas alcohólicas, etc.; una contribución sobre la renta, otra industrial y después la territorial o sean 20 por ciento de la renta líquida de la propiedad rústica. Mas todas estas contribuciones no bastaban y cada año se saldaban las cuentas del país con un déficit. Estos descubiertos anuales formaron la primera deuda nacional fija, que después debía desarrollarse hasta un grado asombroso. Para facilitar el gobierno las operaciones de empréstito o de simples préstamos al tesoro, y librarse de las exigencias usurarias de los grandes capitalistas y especuladores, tomó la memorabilísima resolución de fundar el

Banco de Inglaterra. Este establecimiento encontró grandísima oposición entre los capitalistas, que veían escapar de sus manos la ocasión de hacer grandes negocios con el Estado; entre los propietarios territoriales, que temían el acrecentamiento de la preponderancia del capital sobre la agricultura, y finalmente entre los parlamentaristas, siempre recelosos, que sospechaban que este Banco podría facilitar al gobierno medios de proceder a empresas extralegales. Pero era preciso arrancar al gobierno de las garras de los usureros, y en 1694, por lo pronto con un capital de 1.200,000 libras esterlinas, se fundó el Banco, el cual respondió tan cumplidamente a las esperanzas que en él se habían cifrado, en la durísima crisis monetaria de los años 1696 y 1697, que se le autorizó para doblar su capital y se le reconoció por todas las clases como el banquero mas seguro y absolutamente sólido del Estado inglés. No tardaron en conocerse en el público las ventajas de este instituto, porque antes perdían los bonos del tesoro hasta un 20 y 30 por ciento; y este descuento exorbitante se redujo inmediatamente por el banco a 7 y 8, luego a 6 y finalmente al 5 por ciento, con lo cual el Estado o el gobierno del país ahorrraba anualmente cientos de millones de libras esterlinas.

A la muerte de Guillermo III ascendía la deuda pública de Inglaterra a 16.400,000 libras esterlinas que entonces tenían el mismo valor que ahora tendrían 1,700 millones de pesetas. Los intereses y amortización anuales de esta cantidad exigían 1.310,000 libras. Igual suma se gastaba en tiempo de Carlos II en total para todos los gastos del gobierno juntos. No dejó de observarse ya entonces el hecho sorprendente de que la deuda pública de una nación, colocada en el mismo país, no debilitaba en nada la fuerza nacional a pesar de que obligaba a mas contribución; primero porque siendo el Banco un pagador seguro, excitaba la existencia de la deuda a hacer economías para emplearlas en la compra de títulos, y segundo, asegurado el capital que en ella se empleaba, resultaba una seguridad fundamental para toda clase de operaciones.

Prescindiendo ahora de los grandes cambios realizados en el terreno eclesiástico por los sucesos del año 1688, no fueron menos grandes y permanentes sus efectos en el concepto moral e intelectual. En lugar de la vida alegre, brillante, inmoral y libre de la corte de los Estuardos, se presentó la de Guillermo y de María grave, severa y escrupulosamente moral. Ya no era menester ser disoluto para mostrar su adhesión al rey; todo el pueblo había llegado a conocer de tal manera los males que llevaba la corrupción consigo, que eligió y se dirigió por mejor camino; y ya no odiaba al puritano adusto de Cromwell sino al cortesano relajado de los Estuardos. No cambió todo de repente, sin embargo; porque el autor de comedias mas famoso de este tiempo, Congreve, cuya primera obra se representó en 1693, era hombre de inimitables chistes, gran habilidad dramática, tacto finísimo en delinear y pintar caracteres, pero pertenecía todavía a la escuela antigua, frívola y crapulosa, que consideraba como suprema dicha la embriaguez de los sentidos y se complacía en pintar las cosas de esta manera. No tardó en presentarse la reacción; primero en algunas voces sueltas de las que nadie hizo caso, pero después en el libro del clérigo Jeremías Collier: «Sobre la inmoralidad e impiedad del teatro inglés», obra que levantó grandísima polvareda con su lenguaje apasionado, acerado, mordaz, frecuentemente vulgar y exagerado. Pronto se conoció, sin embargo, su eficacia, porque a últimos del siglo y principios del nuevo, mostraron ya Farquhar y Vanbrugh en sus comedias una mejora notable encaminando este ramo por una nueva vía mas pura y mas digna.

Con las victorias del parlamentarismo y el rapidísimo aumento del bienestar general extendiéndose también en el público inglés, que hasta entonces había continuado aferrado a las tradiciones conservadoras en religion y política, las ideas mas independientes y libres en aquellos conceptos y en sentido filosófico, como consecuencia de los estudios de historia natural, de los filósofos y escépticos de Holanda y de la revolución de 1688. El representante genuino de este nuevo espíritu fué Juan Locke que vivió desde 1632 hasta 1704.



Juan Locke
Copia del grabado de F. Morellon la Cave 1734 sacado del cuadro original de G. Kneller 1697

Pasó este varón eminente una juventud muy agitada, estudiando sucesivamente las ciencias médicas, la práctica de la diplomacia, como secretario de embajada, las ciencias naturales y la filosofía; y fué un genio extraordinariamente universal, despejado, penetrante, nada confuso y sin embargo profundo. Como filósofo le dió gran celebridad su obra principal: «Ensayo sobre el entendimiento humano.» En este libro empieza Locke a examinar lo que es la mente humana, y si realmente tiene ideas innatas, en contraposición de los sistemas de Descartes y de Espinosa, fundados sobre el dogma de las ideas innatas y necesarias. El resultado a que llega Locke es completamente negativo: el hombre segun su opinión no tiene mas ideas ni morales ni siquiera metafísicas, que las que debe a la experiencia, y de ningún modo nacen espontáneamente. Hay segun él dos clases de experiencia, una exterior y otra interior; la primera nos llega por los sentidos y la segunda por la reflexión que es el resultado de la observancia de nuestra propia actividad mental. La sensación y la reflexión son las únicas fuentes de nuestras ideas por elevadas que sean, así como de nuestras pasiones. Esta teoría radical, positivísima, matemáticamente lógica, conmovió seriamente la autoridad de los sistemas filosóficos y religiosos dominantes, y abrió una ancha vía para elucubraciones posteriores hasta llegar al materialismo puro. Con todas estas deducciones teóricas y prácticas fundó Locke la gran escuela filosófica, vasta y trascendental del siglo xviii, y abrió las puertas a la época de la ilustración, época tan ensalzada por unos y tan anatematizada por otros. La teoría de Locke deja un campo muy restringido a la experiencia interior o la reflexión, y reduce casi todos nuestros pensa-

mientos ó trabajo mental á impresiones que recibimos del exterior por medio de nuestros sentidos. Su método es inductivo, como corresponde al que trata motivos que entran en el radio de las ciencias naturales; y este método científico, como la misma teoría de Locke, dominan aun hoy en Inglaterra. También es notable que este filósofo que fué modelo para la mayor parte de los filósofos y naturalistas de su país les precediera también en sus esfuerzos para conciliar sus doctrinas materialistas con las tradiciones y doctrinas de la Biblia, según se ve por su obra: «*El cristianismo racional*», cosa que para nosotros, gente del continente, tiene cierto carácter de hipocresía.

Los importantes sucesos que ocurrieron en aquella época ejercieron una grandísima influencia sobre las opiniones é ideas políticas de Locke, el cual las expuso en 1689 en el libro que publicó bajo el título de «*Tratado sobre el Gobierno civil*». En esta obra sigue el camino trazado por Hugo Grocio y Hobbes y admite como origen de todo gobierno la ficción de un pacto social, bien que desarrollando su tema llega á una conclusión diametralmente opuesta á la de Hobbes. Según Locke, se hace el pacto social con el fin de asegurar la libertad y el bienestar de cada uno de los pactistas, y cuando el gobierno instituido por el pacto le infringe, cada pactista vuelve á recobrar su estado natural anterior, en el cual tiene el derecho, y hasta el deber, porque la infracción del pacto es un perjuicio para todos, de hacer resistencia al gobierno que falta. El poder central, la soberanía, se derivan del pueblo, el cual los concede mediante ciertas condiciones; y cuando el mandatario falta á ellas, el poder y la soberanía vuelven al pueblo de donde emanan; de suerte que el pueblo es el soberano verdadero y como tal debe quedarse con el poder legislativo, y legislar él mismo ó por delegados; y lo que encarga al mandatario que representa el poder central á cuya cabeza se halla el rey, es solo la aplicación de las leyes ó sea el poder ejecutivo. De aquí resulta que el rey está obligado á seguir determinadas prescripciones que recibe del poder legislativo ó sea del pueblo.

Así puede decirse que Locke es el fundador de la teoría del gobierno constitucional, y precursor de Montesquieu y hasta de Rousseau. Lo que salta á la vista de cualquiera un tanto impuesto en la historia, es que las consecuencias que saca Locke de sus premisas son falsas y que con mas verdad explicó Hobbes la corriente de los sucesos diciendo que el poder absoluto del Estado es el origen del gobierno, y el constitucionalismo es fruto de un desarrollo social posterior. Las teorías de Locke, a pesar de sus defectos, ejercieron grandísima influencia, y fueron las que dominaron durante todo el siglo XVIII; de suerte que no fueron los franceses, sino este autor inglés quien señaló á la época de la ilustración su derrotero intelectual en materia religiosa y política.

En el mismo período que nos ocupa nació también en Inglaterra su prensa nacional. Entonces, fuera de alguna gaceta oficial, no había periódicos sino en Holanda, donde existía una libertad ilimitada de imprenta. Los periódicos holandeses encontraban lectores aficionados en todos los países; pero atendida la poca extensión de aquel Estado, no era grande la importancia política de estas publicaciones, que por la misma razón se contentaban con dar á sus lectores noticias extranjeras. Hasta el año 1695 no caducó en Inglaterra la ley severísima llamada de censura, y no habiéndola renovado el parlamento ni tampoco sustituido con otra nueva, quedó la prensa por lo pronto completamente libre. Así nacieron en poquísimos tiempo un gran número de publicaciones, que pronto se hicieron indispensables á las clases instruidas y acomodadas; y sin mas restricciones que las impuestas por las leyes civiles, ó sea por el derecho comun, llegó la prensa

á ser un poder nuevo en Inglaterra, el de la opinión pública, poder que apoyado en la opinión pudo desde entonces sostenerse independientemente al lado del parlamento. Aun debían transcurrir muchos años antes de que se estableciera esta institución en los países del continente europeo.

Mientras que la monarquía absoluta caminaba en Francia á su ocaso, iban creciendo hasta hacerse imponentes el poderío y la riqueza nacional de la Inglaterra parlamentaria y libre. Y ¿á quién debió principalmente su dicha sino á aquel personaje hosco y taciturno, pero entendido y de vastas ideas, que se llamaba Guillermo III, hombre á quien el país había elegido por monarca, y que entonces estaba meditando si no le fuera mejor deponer aquel cetro para ahorrarse los muchos disgustos que le causaba la mezquindad ó la hostilidad de la representación nacional?

A despecho de los múltiples y grandes intereses encontrados y las consiguientes disputas que nunca faltaban entre las tres grandes potencias occidentales de Europa, Francia, Inglaterra y Holanda, uníalas un lazo invisible pero comun, que era su estado de civilización superior al de todos los demás países europeos, sobre todo tocante al desarrollo mas adelantado de organización social, nacional y administrativa, de actividad y relaciones mercantiles, de vida industrial, de bienestar material y poderío nacional, de inteligencia y de fuerza creadora ó de empresa. Los tres países, Francia, Inglaterra y Holanda, eran entonces las columnas y representantes de la civilización y de su progreso. Durante un siglo figuran estas tres naciones á la cabeza del progreso humano y durante tan largo periodo se identificó la historia del desarrollo de la civilización con la del desarrollo político y social de estas tres potencias, con la de sus sistemas políticos y administrativos, y con la de sus varones ilustres, legisladores estadistas, filósofos y poetas.

Esta es la clave de sus contiendas. Cada una de las tres potencias, puesta ya en el camino del progreso, luchaba por ser la primera.

Quedaba á gran distancia de ellas la rezagada Alemania. Había logrado, sin embargo, por entonces obligar á los turcos á hacer la paz.

Hemos visto que al concluir la segunda guerra de coalición quedó paralizada la carrera victoriosa de las fuerzas imperiales. Luis de Baden, el vencedor de Szalankemen, que tantos lauros había conquistado en las llanuras del Danubio y del Drave, fué trasladado al Rin. Los generales que le reemplazaron sucesivamente fueron medianías; por manera que en los años de 1695 y 1696 el sultan Mustafá II, hombre enérgico y sediento de fama, aunque sin otras dotes que le distinguieran, pudo penetrar en Hungría, vencer á las tropas imperiales repetidas veces, y tomarles algunas fortalezas.

Austria pagó ahora en ambos extremos de Europa la terquedad egoísta con que había despreciado los consejos de todas las personas inteligentes de hacer la paz con la Turquía, para llevar primero á buen fin la lucha contra la Francia.

Por fortuna para el ejército imperial que operaba en Hungría, recibió otra vez un caudillo eminente en la persona del todavía joven príncipe Eugenio de Saboya (1).

(1) *Alfredo de Arneth*, el célebre director del archivo nacional de Viena, es el primer autor de una biografía del famoso príncipe, despojada de fábulas y de adulteraciones, basada en datos fehacientes y presentada conforme á principios científicos. Su *Príncipe Eugenio de Saboya*, Viena 1858, es una obra de grandísimo mérito, profunda, instructiva por muchos conceptos, basada en documentos y redactada con talento, aunque con un exceso de patriotismo y tono diplomático.

Desde 1877 publica también el cuerpo del estado mayor de Austria en una grandiosa obra científico-militar las campañas del príncipe Eugenio. Para las personas poco al corriente de las tradiciones populares de

Eugenio Francisco nació en 18 de octubre de 1663; pertenecía á la línea lateral Carignan, de la casa de Saboya, y descendía de la rama que se había establecido en Francia con el nombre de condes de Soissons. Su madre fué la famosa Olimpia Mancini, primer amor de Luis XIV, que habiendo preferido casarse con el conde de Soissons, cayó con su esposo en desgracia del rey, y habiendo sido envuelta después de viuda en la causa formada á consecuencia de los envenenamientos de la Voisin, pudo escaparse á Bruselas con el asentimiento tácito de la autoridad. Sus hijos obtuvieron permiso de volver á París, á la corte del gran rey, pero sin recibir ninguna muestra de afecto. Luis XIV destinó el príncipe Eugenio á la carrera eclesiástica en atención á su constitución endeble, pero sintiendo el joven una predilección ardiente por la profesión militar, solicitó del rey un puesto en el ejército. Su petición fué rechazada en términos por demás ofensivos, y lleno el corazón de amargura y odio á la familia real de Francia, emigró del país y entró en el ejército del emperador de Austria que anteriormente había ya dispensado amable acogida á su hermano mayor. Tuvo ingreso en aquel ejército en 1683, año memorable por el sitio de Viena y derrota del ejército turco, sucesos decisivos para el porvenir de Austria, de Alemania y aun de Europa. No tardó Eugenio en conquistar las simpatías y el favor del emperador, y peleando primero contra los turcos y después contra los franceses en Italia, llegó en diez años al elevado puesto de feld-mariscal, ó capitán general de los ejércitos.

Neutralizada la Italia en el año 1696, quedaron disponibles las fuerzas imperiales y el joven general, el cual fué encargado por primera vez, en 1697, del mando efectivo, superior y absoluto de todas las fuerzas destinadas contra los turcos.

Distínguese como general principalmente por sus resoluciones instantáneas, su decisión y arrojo indomables y su golpe de vista rápido é infalible en el campo de batalla. No era hombre capaz de formar planes complicados y que exigieran largos cálculos y profundas meditaciones, y en materia de táctica fué mas perjudicial que útil al ejército austriaco. Como hombre, tenía un carácter excelente, recto, franco, generoso, noble, fiel y leal para su patria adoptiva y su emperador, pero sin que su intachable honradez disminuyera en nada su sorprendente flexibilidad, destreza y tacto de cortesano y diplomático.

Después de haber reorganizado el ejército y restablecido la disciplina en las tropas desmoralizadas, marchó al encuentro del sultan Mustafá II, que había pasado el Danubio y se preparaba á atacar la importante plaza de Peterwardein. Decidido Eugenio á librar batalla, atacó al enemigo en el momento en que este trataba de pasar el río Theiss y sus pantanosas riberas cerca de Zenta para entrar en la Transilvania. Era el día 11 de setiembre de 1697. Las tropas imperiales atacaron con un valor extraordinario la cabeza fortificada del puente; y mientras llamaron allí la atención y las mejores fuerzas de los turcos, el ala izquierda de los imperiales vadeó el río y atacó las fortificaciones del puente por la otra orilla, separando así del río al ejército enemigo. El resultado fué que los 30,000 hombres de infantería turca que defendían el puente y las fortificaciones en ambas orillas fueron casi totalmente acuchillados ó obligados á lanzarse al Theiss, mientras las pérdidas austriacas no pasaban de 1,500 hombres. El campamento del sultan con provisiones de toda clase y tesoros incalculables cayó en manos del vencedor.

Alemania, diremos que la memoria del príncipe Eugenio se ha conservado en canciones é infinitos cuentos populares como en otros países y épocas la de Cárlo-Magno, el Cid, Gonzalo de Córdoba, Marlborough, Napoleón I, etc.

(N. del T.)

Esta terrible derrota decidió á los turcos á solicitar seriamente la paz, tanto mas cuanto que su aliado el rey de Francia se había arreglado por su lado con el emperador en Ryswyk, sin cuidarse un ardite de los turcos. El Austria por otra parte estaba tan exhausta con la doble guerra, que Eugenio no pudo sacar todo el provecho que en otro caso hubiera sacado de la victoria de Zenta, teniéndose que limitar después y todo el año siguiente á empresas de poca importancia; de suerte que los turcos encontraron la corte de Viena en buena disposición para llegar á la paz.

Los venecianos, entre tanto, se sostenían á duras penas en Morea por la creciente penuria que les ataba las manos. En vano su anciano héroe Morosini, llamado por sus victorias *el Peloponesio*, compró con su vida la conquista de la isla de Chio: á los pocos meses volvieron los turcos á apoderarse de ella. En tales circunstancias inclinábase también la república de Venecia á la paz. Igual deseo mostraron Rusia y la Polonia.

El imperio turco había mostrado en esta lucha contra tan grandes y numerosos enemigos una vitalidad y tenacidad admirables, resistiendo á todos sin sufrir pérdidas muy notables; pero fueron vanas todas las maquinaciones del embajador francés en Constantinopla para impedir las negociaciones de la paz, por mucho que conviniese al gobierno francés conservar la Turquía, como aliado disponible y valioso en las colisiones inminentes que debía suscitar la sucesión al trono de España. En otoño del año 1698 reuniéronse los embajadores de las potencias beligerantes cerca del castillo de Karlowicz, en edificios construidos expresamente para este congreso, el cual firmó allí mismo la paz en el mes de enero de 1699. El Austria obtuvo la Hungría con excepción del Banato, la Transilvania y la mayor parte de la Croacia y Eslavonia; la república polaca recuperó la fortaleza de Kameniek; la de Venecia, la Morea y algunas plazas fuertes en Dalmacia. Con Rusia se convino un armisticio por cierto número de años.

Esta paz de Karlowicz era el tratado mas glorioso que jamás potencia cristiana alguna había celebrado con la Puerta que á la sazón por primera vez retrocedía abandonando á sus enemigos miles de leguas cuadradas que poseía desde mas de un siglo. Al mismo tiempo, y esto era todavía mas importante, de potencia ofensiva quedó reducida á defensiva; tanto que desde entonces cundió la idea de arrojar á los turcos definitivamente de Europa, y entre sus vecinos la de repararse sus territorios. En menos de dos decenios habíase transformado completamente la posición de la Turquía entre los Estados europeos. Por fortuna suya encontró entonces un gran visir hábil, enérgico y activo en la persona de Husein Köprili que supo reorganizar el ejército, la marina de guerra y la hacienda del imperio, aumentando los ingresos del tesoro, á pesar de la pérdida de varias provincias riquísimas, hasta elevarlos á 36 millones de piastras, cantidad que permitió cubrir con exceso los gastos ordinarios y muchos extraordinarios, como construcciones de plazas fuertes, sostenimiento y fundación de escuelas para el pueblo y aulas para la instrucción superior, á las que este funcionario dedicó grandísima solicitud, como igualmente á la educación religiosa y moral del pueblo.

El causante de toda esta prolongada guerra, el magnate Emerico Tököly, tuvo un triste fin aunque no trágico, porque la Puerta le internó en un pequeño lugar del Asia Menor, donde vivió algunos años de una modesta pensión que el gobierno le concedió hasta su muerte que ocurrió allí mismo.

El gobierno austriaco acabó entonces, fiel á su índole, con la postrera huella de independencia y nacionalidad en la Transilvania.